

**ANTOLOGÍA  
DE  
NOVELAS  
DEL  
OESTE**

**TOMO VII**

La revista norteamericana *The Saturday Evening Post* ha realizado la presente selección escogiendo los mejores relatos del Oeste publicados en sus páginas durante los últimos sesenta años. Las narraciones que contiene este volumen presentan sin duda, un estilo cuidado, y resultan de lectura fácil y amena. Lo que puedan tener en ocasiones de ingenuo, queda compensado por el colorido del ambiente y la gran fuerza de atracción que tiene todo tema de acción presentado con soltura. El asunto, la trama del episodio, que en ocasiones se repite, ya lo conocemos: la inevitable caravana que se adentra por tierra peligrosa, el no menos inevitable saloon, el linchamiento injusto, las galopadas, las flechas que silban, los tiros, los puñetazos... y casi siempre girando todo ello alrededor del eterno tema sentimental. Entre los autores seleccionados figuran Bret Harte, O'Henry y Ernest Haycox.

## Índice de contenido

El poeta de Sierra Flat (Bret Harte)

El impostor (O. Henry)

El último pistolero (Donald Hamilton)

Un dandy en el Oeste (Alberto de Lavedan)

La llamada del amor (Thomas Thompson)

Jim «el gorila» (Milton Davies)

El turno prolongado (Eugene Manlove Rhodes)

Nace un hombre (Raymond Tenn)

Un desertor de Valley Forge (Ernest Haycox)

Río secreto (Ernest Haycox)

El rastro del caballo descalzo (Ernest Haycox)

Notas

## EL POETA DE SIERRA FLAT

BRET HARTE

**M**IENTRAS el emprendedor editor del *Sierra Flat Record*, junto a las cajas, disponía los tipos del número de la semana próxima, podía oír los picamaderos atareados en el tejado situado encima de su cabeza. El editor pensó que, posiblemente, los pájaros no habían aprendido aún a reconocer en la basta estructura una mejora de la Naturaleza, y la idea le gustó tanto que la incorporó al artículo editorial que en aquellos momentos estaba componiendo. El editor era también el impresor del periódico; y aunque el *Record* estaba considerado como un periódico muy difundido a través de todo Calaveras y una gran parte del Condado de Toulumne, la estricta economía era una de las condiciones de su provechosa existencia.

Ocupado en su tarea, el editor se vio sorprendido por la repentina irrupción de un pequeño rollo de cuartillas manuscritas, las cuales fueron lanzadas a través de la puerta abierta y cayeron a sus pies. El editor salió rápidamente a la calle y miró arriba y abajo. Pero no vio nada en la polvorienta calzada que sugiriera la presencia de su misterioso colaborador. Todo estaba silencioso y tranquilo, y hasta los picamaderos habían interrumpido su trabajo. De momento, le resultó difícil relacionar el rollo de cuartillas manuscritas con un ser humano.

Sin embargo, al examinarlas se vio obligado a rectificar aquella primera impresión. Las cuartillas tenían, evidentemente, un origen humano: eran versos, y muy malos, por

cierto. El editor los apartó a un lado. Mientras lo hacía, le pareció ver un rostro asomado a la ventana. Volvió a salir a la calle, lleno de indignación, pero sus pesquisas resultaron infructuosas. El poeta, si era él quien había estado allí, había desaparecido como tragado por la tierra.

Unos días después, su reclusión editorial se vio interrumpida por unas voces ruidosas y descompuestas. El editor abrió la puerta y se vio sorprendido por la presencia de míster Morgan McCorckle, un ciudadano muy conocido de Angel y suscriptor del *Record*, para más señas. Míster McCorckle estaba arrastrando hacia el edificio del periódico, medio a las buenas, medio a las malas, a un joven. Cuando los dos hombres hubieron entrado en la oficina, míster McCorckle se quitó el sombrero, se alisó los cabellos y, señalando a su recalcitrante compañero, exclamó:

—¡Le presento a un gran poeta, y al mayor estúpido que usted haya visto nunca!

Aceptando la sonrisa del editor como una expresión de agradecimiento por la originalidad de la presentación, míster McCorckle continuó:

—¡No quería venir! «El señor editor no querrá verme», me decía. «Milt —le decía yo—, un poeta como tú y un talento como él tenéis que hacer buenas migas, forzosamente». Y al final he conseguido traerle.

El poeta, después de haber dado muestras de una gran intranquilidad, trató de echar a correr. Pero el implacable míster McCorckle le agarró por el largo faldón de su chaqueta y le obligó a sentarse de nuevo.

—Es inútil que trates de escaparte —le advirtió—. Aquí estamos, y aquí nos quedaremos. Parece mentira que un poeta como tú sea tímido como un conejo...

El aspecto del poeta no era atractivo, ni mucho menos. En su blando rostro no había ningún rasgo notable, a excepción de sus ojos, los cuales eran húmedos y huidizos, muy parecidos a los del animal con el cual acababa de

compararle míster McCorckle. Era el rostro que el editor había visto en la ventana.

—Le conozco desde hace muchos años..., desde que era un chiquillo —continuó míster McCorckle—. Siempre ha sido el mismo, maldito sea... Pero le resulta tan fácil hacer un verso como comerse un bizcocho. No ha recibido ninguna educación; ha vivido en el Missouri toda su vida. Pero está repleto de poesía. Esta mañana, pues acampa conmigo, le he preguntado: «Milt, ¿está listo el desayuno?». Y él me ha contestado rápidamente: «El desayuno está listo, y los pajaritos cantan, y a mí estas cosas me encantan». Cuando un hombre —concluyó solemnemente míster McCorckle— es capaz de improvisar un verso como éste, sin preparación alguna... puede afirmarse que ese hombre es un poeta.

Siguió una embarazosa pausa. Míster McCorckle miró a su protegido con expresión benévola. El poeta parecía estar rumiando algún vuelo a otras regiones... y no de un modo metafórico, precisamente. El editor preguntó a míster McCorckle si podía hacer algo por ellos.

—Desde luego, desde luego que puede —se apresuró a contestar míster McCorckle—. A eso hemos venido. Milt, ¿dónde está aquel poema?

El editor se sobresaltó al ver que el poeta sacaba de su bolsillo un fajo de cuartillas. Sin embargo, las cogió maquinalmente, y les echó una ojeada. Se trataba, evidentemente, de una copia de la anterior y misteriosa colaboración.

El editor habló entonces, breve pero fervorosamente. Lamento no poder transcribir con exactitud sus palabras, pero parece ser que, hasta entonces, las columnas del *Record* no se habían visto nunca agobiadas con tanta cantidad de material. Asuntos de gran importancia, especialmente acerca de la integración absoluta de Calaveras y Tuolumne como comunidades sociales, problemas que afectaban al progreso material de Sierra, estaban esperando un hueco en el periódico. Tendrían que transcurrir sema-

nas, meses, antes de que el *Record* diera expresión a todos aquellos anhelos y pudiera acoger en sus páginas temas más ligeros. Además, el editor había observado con pesar la caída en barrena de la afición a la poesía en las Sierras. Ni siquiera las obras de Byron y Moore llamaban la atención en Ducht Flat, y en Grass Valley parecía existir un prejuicio contra Tennyson. Pero el editor tenía una ciega esperanza en el futuro. Dentro de cuatro o cinco años, cuando la región estuviera más poblada...

—¿Qué costaría imprimir eso ahora? —le interrumpió míster McCorckle impacientemente.

—Unos cincuenta dólares, a tarifa de anuncio —respondió el editor con cierta ironía.

Míster McCorckle depositó aquella suma en la mano del editor.

—Milt —le dijo al poeta— ya lo ves, pago por ti, porque creo que eres todo un poeta, y de no pagar, el señor editor no publicaría nunca tus poesías.

—¿Cuál es el nombre del autor? —preguntó el editor.

—Milton.

Fue la primera palabra que pronunció el poeta en el curso de la entrevista, y su voz era tan dulce y musical, que el editor le miró con una curiosa expresión y se preguntó si tendría una hermana.

—¿Milton? ¿Es eso todo?

—Es su nombre de pila —explicó míster McCorckle.

El editor sugirió que había existido otro poeta con ese nombre...

—Milt puede ser confundido con él... Mal asunto —reflexionó míster McCorckle con sencilla gravedad—. Bien, ponga su nombre completo: Milton Chubbuck.

El editor tomó nota del nombre.

—Me ocuparé inmediatamente de esto.

Aquello significaba que la entrevista había terminado. El poeta y su protector, cogidos del brazo, se dirigieron hacia la puerta.

—Saldrá en el periódico de la semana próxima —dijo el editor, sonriente, en respuesta a la infantil mirada interrogadora de los ojos del poeta.

Un momento después se habían marchado.

El editor cumplió su palabra. Se dirigió inmediatamente a la caja y, desenrollando el manuscrito, empezó su tarea. Los picamaderos del tejado recomenzaron la suya, y al cabo de unos instantes quedó restablecida la normalidad. En las oficinas del *Record* no se oyó más ruido que el de los picamaderos en el tejado, y el leve chasquido de los tipos de imprenta mientras el editor los alineaba en el compoedor. Cualquiera que fuese la opinión que le merecían los versos que tenía delante de sus ojos, no se reflejaba para nada en su rostro, que conservaba la expresión de absoluta indiferencia de los de su oficio. Esto fue tal vez una desgracia, ya que cuando los rayos del sol cayeron sobre la ventana de la oficina, descubrieron a una figura acurrucada junto a aquella ventana: una figura que había permanecido sentada allí por espacio de horas enteras. Dentro, el editor trabajaba con la constancia y la impassibilidad del Destino. Y, fuera, el poeta de Sierra Flat estaba sentado y le contemplaba como esperando su decisión.

El efecto del poema en todo Sierra Flat fue notable y sin precedentes. Lo desastroso de la rima, la inconcebible imbecilidad de su fondo, y, sobre todo, la increíble audacia que suponía el que fuera obra de un ciudadano capaz de publicarlo en el periódico del condado, le ganó inmediatamente las mieles de la popularidad. Durante muchos meses, Calaveras había suspirado por algo sensacional; desde que se había disuelto el último Comité de Vigilantes<sup>[1]</sup>, no había sucedido nada que alegrara la monotonía de una existencia cada vez más civilizada. En otra época más próspera la oficina del *Record* hubiera sido asaltada y el editor deportado; en aquellos momentos, el periódico obtuvo tal demanda que la edición se agotó rápidamente. En resumen, el poema de míster Milton Chubbuck cayó sobre Sie-

rra Flat como llovido del cielo. Fue leído en los campamentos, en las cabañas solitarias, en los más ruidosos *saloons*, y declamado desde los pescantes de las diligencias. En Poker Flat fue cantado con la colaboración de un coro local, y fue bailado rítmicamente por la pírrica falange de One Horse Gulch, conocida por el nombre «Los alegres ciervos de Calaveras». Algunas desdichadas ambigüedades de expresión dieron origen a nuevas lecturas, notas y comentarios, los cuales, lamento decirlo, se distinguían más por su sinceridad que por su delicadeza de pensamiento o de expresión.

Hasta entonces ningún poeta había adquirido tan repentina reputación local. Desde la reclusión de la cabaña de McCorckle y el anonimato de unas vulgares labores culinarias, el poeta fue proyectado a los radiantes resplandores de la Fama. El nombre de Chubbuck apareció escrito con tiza en las paredes, y fue grabado a pico en el interior de los túneles. En las tabernas se servía una bebida conocida con el nombre de «Calmante Chubbuck», o «Reanimador Chubbuck», según los casos. Durante algunas semanas, circuló un tosco dibujo representando al genio de Calaveras en el momento de ser coronado de laurel por las Musas. El propio poeta se vio agobiado con invitaciones a beber y con extravagantes felicitaciones. El encuentro entre el coronel Starbottle, de Siskiyou, y Chubbuck, tuvo caracteres de indescriptible emoción. El coronel abrazó afectuosamente al poeta.

—No podría presentarme de nuevo ante mis electores de Siskiyou —dijo el coronel—, si esta mano, que ha estrechado la del genial Prentice y la del llorado Poe, no hubiera sido honrada por el apretón cordial del divino Chubbuck. Caballeros, la literatura americana está de enhorabuena. ¡Gracias!

«Boston», que había preparado la entrevista entre el coronel y el poeta, se encargó también de redactar unas cartas de felicitación que H. W. Logfellow, Tennyson y Brow-

ning *enviaron* a Chubbuck, encargándose también de redactar las respuestas.

La confianza y el sincero deleite con que aquellas manifestaciones fueron recibidas por el poeta y por su protector, hubieran llegado al corazón de aquellos maestros en el arte de la ironía, a no ser porque al mismo tiempo desarrollaron en los dos personajes la vanidad de las naturalezas débiles. Míster McCorckle se bañaba en la popularidad de su protegido, y se mostraba alternativamente arrogante o condescendiente con los moradores de Sierra Flat; en tanto que el poeta, con el pelo cuidadosamente aceitado y rizado, engalanado con un montón de bisutería y con un pañuelo de colorines al cuello, se pavoneaba en el único hotel del pueblo. Como puede imaginarse, esta nueva demostración de debilidad aportó una intensa satisfacción a Sierra Flat, dio otro soplo de popularidad al poeta, y sugirió otra idea al bromista «Boston».

En aquella época, una joven popular y profesionalmente conocida por el nombre de «La muñeca de California», estaba llevando a cabo unas representaciones teatrales con un éxito clamoroso. Su especialidad era la personificación de tipos masculinos; como un *gamin* de la calle, era irresistible; como un bailarín negro, provocaba una tormenta en el corazón del más honrado de los mineros. Era una morena muy linda, y había conservado una reputación intachable pese a las ofertas de oro que sobre ella llovían desde que hizo su aparición sobre el escenario de Sierra Flat. Un destacado y entusiasmado miembro del público que asistía a la representación era Milton Chubbuck. Asistía todas las noches. Durante el día, se pasaba las horas rondando la puerta del Hotel Unión a fin de conseguir una mirada de «La muñeca de California». No pasó mucho tiempo sin que recibiera una nota de ella —redactada con la caligrafía más femenina de «Boston»—, manifestándole su admiración. Y no pasó mucho más tiempo sin que «Boston» fuera llamado para redactar una respuesta adecuada. Al final, para llevar

adelante su jocosos proyecto, «Boston» se vio obligado a visitar a la joven actriz, para asegurarse su colaboración personal. Le habló de su proyecto, que de tener éxito garantizaría a su juicio su paso a la posteridad como bromista extraordinario. Los negros ojos de «La muñeca de California» brillaron con aprobación. Lo único que exigió fue ver primero al hombre que tenía que ser objeto de la broma: una concesión a su femenina debilidad, que años enteros de bailar la «juba» y llevar pantalones y zapatos de hombre no habían extirpado por completo de su pecho. La entrevista fue concertada para la siguiente semana.

No debe suponerse que durante este intervalo de popularidad míster Chubbuck había descuidado el ejercicio de sus cualidades poéticas. Una determinada parte de cada día estaba ausente de la ciudad —«en comunión con la naturaleza», según frase de míster McCorckle—, paseando por los senderos de la montaña, o tumbado debajo de un árbol, o recogiendo hierbas olorosas en el Manzanita. A última hora de la tarde solía presentarse en la oficina del editor y permanecía allí sentado, en silencio, contemplándole mientras trabajaba, hasta que llegaba la hora de cerrar la oficina. Había algo tan humilde y tan poco molesto en aquellas visitas, que el editor acabó por aceptarlas, como aceptaba a los picamaderos: como parte de su mundo circundante. A menudo olvidaba incluso su presencia. Un par o tres de veces, impresionado por la expresión de los tímidos ojos del poeta, estuvo a punto de recomendarle paternalmente que dejara ya de hacer el tonto; pero su mirada se posaba en el aceitado pelo y en el pañuelo de colorines y optaba por guardar silencio. Se trataba evidentemente de un caso perdido.

La entrevista entre míster Chubbuck y «La muñeca de California» tuvo lugar en una habitación del Hotel Unión; el humorista «Boston» se encargó del papel de carabina. A «Boston» le debemos el único relato cierto de aquella entrevista. En presencia de miembros de su propio sexo, mis-

ter Chubbuck era tímido y reticente; pero, como la mayoría de los poetas, se mostraba extraordinariamente versátil en presencia de algún miembro del sexo débil. «La muñeca de California» estaba acostumbrada a los elogios desmesurados, pero las alabanzas de su visitante llegaron a turbarla. Su personificación de tipos masculinos, su interpretación de la «juba» fueron objeto de la especial y férvida admiración del poeta. Al final, recobrando su audacia, y estimulada por la presencia de «Boston», la actriz dejó asombrados a sus oyentes al preguntar, medio en broma, medio en serio, si era objeto de tan ardiente admiración en su calidad de muchacho o de muchacha.

—Esto le dejó patidifuso —dijo el entusiasmado «Boston», en su posterior relato de la entrevista—. Pero el muy estúpido llegó a pedirle a «La muñeca de California» que le admitiera en su compañía como actor.

El plan, tal como lo había proyectado «Boston», consistía en la aparición en escena de míster Chubbuck, con un disfraz diseñado y preparado por el inventor, para recitar un poema inmediatamente después de la actuación de «La muñeca de California». A una señal convenida, los espectadores se pondrían en pie y obsequiarían al poeta con una lluvia de vegetales (previamente proporcionados por el organizador de la broma); luego, un grupo escogido de hombres subirían al escenario, cogerían al poeta, y después de llevarlo en triunfo por toda la ciudad, le dejarían en sus límites más apartados, advirtiéndole seriamente de que no podía volver a poner los pies en Sierra Flat. Para la primera parte del plan, contaba con la espontánea colaboración del poeta; para la segunda parte, no le sería difícil encontrar colaboradores.

Llegó la noche del acontecimiento, y el salón donde debía tener lugar la representación se llenó de bote en bote. «La muñeca de California» ofreció una actuación realmente sensacional. Nunca se había mostrado tan alegre, tan fascinadora y tan audaz. Pero el aplauso con que la despidieron

no fue nada comparado con la explosión que acogió la aparición en escena del poeta de Sierra Flat. Luego se produjo un expectante silencio, y el poeta avanzó hasta las candilejas con su manuscrito en la mano.

Su rostro estaba mortalmente pálido. Por lo visto, había leído en las caras de sus espectadores la suerte que le aguardaba, a no ser que un misterioso instinto le advirtiera el peligro que corría. Lo cierto es que trató de hablar, balbució unas palabras ininteligibles, tartamudeó, y echó a correr hacia los bastidores.

Temeroso de perder su presa, «Boston» dio la señal y saltó al escenario. Pero, en aquel mismo instante, apareció ante él una menuda figura surgida de detrás del escenario, y de un vigoroso puntapié envió al humorista a reposar entre los músicos de la orquesta. A continuación avanzó hasta las candilejas con la inimitable gracia que había cautivado a los espectadores hacía unos instantes, y exclamó:

—¿Para qué van ustedes a golpear a un hombre que ya está en el suelo?

La mirada y los gestos con que acompañó las preguntas tuvieron un efecto inmediato. Los aplausos atronaron en la sala. Aprovechando aquel instante de euforia, «La muñeca de California» le gritó al asustado míster Chubbuck, que se había quedado acurrucado en un rincón, como una gallina mojada:

—¡Márchese! ¡De prisa!

El poeta dio un par de pasos y cayó sobre el escenario, desmayado. «La muñeca de California» gritó con desesperación, tratando de hacerse oír entre el rugido de los espectadores:

—¡Bajad el telón!

Hubo un ligero movimiento de oposición entre los espectadores, pero entre ellos se irguieron los recios hombros de Yuba Bill, la alta figura de Henry York, de Sandy Bar, y el pálido y decidido rostro de John Oakhurst. El telón bajó.

Detrás de él, «La muñeca de California» se arrodilló junto al postrado poeta.

—¡Un poco de agua, por favor! Llamen a un médico. ¡Alto! ¡Fuera todo el mundo!

La actriz había deshecho la corbata y abierto el cuello de la camisa de la insensible figura tendida a sus pies. De pronto estalló en una histérica carcajada.

—¡Manuela!

Su doncella, una mestiza mejicana, se acercó.

—Ayúdame a llevarlo a mi camerino, de prisa; luego te quedarás a vigilar en la puerta. Si alguien te pregunta por él, dile que se ha marchado. ¿Oyes? Se ha marchado.

La anciana cumplió las órdenes que le habían dado. Al cabo de unos instantes, los espectadores se habían marchado. Antes del amanecer, se fueron también «La muñeca de California», Manuela y el poeta de Sierra Flat.

Pero, por desgracia, con ellos se marchó también la buena fama de «La muñeca de California». Fueron muy pocos, y no precisamente los de mejor reputación, los que siguieron teniendo fe en el immaculado honor de su actriz favorita.

—Ha sido una repentina locura, pero todo acabará bien —decían.

Por otra parte, una gran mayoría le reconocieron valor y serenidad, pero lamentaron vivamente que el objeto de aquella locura fuese un individuo de tan poca categoría. Irse a enamorar del despreciable y ridículo vagabundo de Sierra Flat, que ni siquiera había tenido la hombría de defenderse a sí mismo, no sólo era una prueba evidente de depravación moral, sino también un insulto a la comunidad. El coronel Starbottle vio en ello una demostración más de la suprema fragilidad del sexo débil; recordaba casos similares; y recordaba perfectamente a una distinguida heredera de Filadelfia, una de las mujeres más guapas que había conocido, que había despreciado a un miembro sudista del Congreso para unirse a un... negro. El coronel se había da-

do cuenta de la extraña mirada de los ojos de «La muñeca de California», y no quería hablar mal de una dama, pero...

Y al llegar a este punto, el coronel se mostró tan confidencial y misterioso, que no hubo modo de que sus oyentes entendieran lo que decía.

Unos días después de la desaparición de míster Chubbuck, llegó a Sierra Flat una rara noticia: la de que «Boston», que desde el fracaso de su jugarreta se había mostrado más deprimido de lo que suelen estar los grandes humoristas, había sentido la súbita necesidad de marcharse a San Francisco. Pero lo que se decía eran simples rumores, y no se supo nada en concreto.

Una agradable tarde de verano, el editor del *Sierra Flat Record* alzó los ojos de su caja y vio la figura de míster McCorckle, de pie, en el umbral de la puerta. En el rostro de aquel caballero había una expresión preocupada, que no pasó inadvertida al editor. Avanzó hasta el centro de la habitación con una carta abierta en la mano.

—Siempre he sido un hombre de reputación intachable —empezó míster McCorckle lentamente— y, en consecuencia, me gustaría, señor editor, si no tiene usted inconveniente, hacer una corrección en las columnas de su valioso periódico.

El señor editor le animó a continuar.

—Creo que recordará usted que hace cosa de un mes me presenté en esta oficina acompañando a lo que podemos llamar un joven, cuyo nombre era el de Milton... Milton Chubbuck.

El señor editor lo recordaba perfectamente.

—También recordará que le dije que conocía a... ese joven desde hacía años, dos exactamente, y que habíamos acampado juntos. Debo aclarar que no le conocía del todo, ya que se mostraba muy tímido y su conducta resultaba algo rara, aunque yo lo atribuía todo a su condición de poeta. ¿Puede recordar que dije que era un poeta de cuerpo entero?